

Vivir en el medio rural (Una lectura crítica hecha con cariño)

Atrás quedaron las idílicas imágenes de lo rural como mero espacio bucólico para dejar paso a un debate humano más real y más encarnado con la realidad de las personas en su día a día, en los desafíos y problemas de nuestro tiempo.

.....
Luis Enrique Hernández González

 Miembro del Instituto E. Mounier. La Rioja.

Hubo un tiempo en el que para algunos que pertenecíamos a la gran urbe, tomar opción por vivir en un pueblo suponía en cierto modo una renuncia al irracional desarrollo basado en el consumismo desaforado al que te invitaba la vida de la gran ciudad, una búsqueda de alternativas nuevas que te pusieran en contacto con lo auténtico de la vida: por una parte la naturaleza, espacios amplios, ríos cristalinos, el silencio de la montaña, el verdor de los prados... por otra parte el contacto más personalizado, menos anodino y anónimo que el de la ciudad, que permitiera una relación humana más auténtica.

Pudo ser el desarrollo neoliberal y consumista del que huíamos, que terminó por alcanzar también al espacio rural, pudieron ser los usos y abusos del desarrollo que han terminado por contaminar el agua, corregir el curso de los ríos, explotar al máximo cualquier cm² de tierra fértil, olvidando el aspecto de gratuidad de la naturaleza, entendiéndola como una máquina de producir; pudo ser la TV, que al final todo lo forma y lo deforma, la que igualara también por el rasero del Gran Hermano y la Operación Triunfo las aspiraciones de jóvenes rurales y urbanos, haciendo, cada vez más, que las diferencias fueran menos... puede ser que esas cosas y otras más, nos hayan ido disuadiendo a la hora de plantear nuestro futuro en los pueblos, de tal forma que ni sus propios habitantes, a excepción de los más mayores apuestan por mantener una cultura, una tradición y una forma de vida en la que ni ellos mismos se reconocen.

Nos encontramos en una época en continua evolución donde los cambios son vertiginosos y ese sentido del tiempo, algo más ralentizado, que tenemos en el medio rural, unido a una buena dosis de rigidez mental, de formación tradicional... está haciendo que vivamos la situación, en unos casos con inquietud y hasta con angustia, en otros con pasotismo e indiferencia.

Algunos cambios

Las multinacionales se han introducido hasta en los pueblos más pequeños (productos, marcas, propaganda, semillas, abonos...). La conciencia neoliberal nos ha robado el alma y sus aspiraciones son también nuestras aspiraciones. Se valora lo económico sobre todo lo demás, se

EL MUNDO RURAL EN LA ALDEA GLOBAL

ha ido creando una cultura de la subvención en torno a los excedentes de Europa que si mi abuelo levantara la cabeza y viera que hoy en día te pagan por no recoger el fruto o por mantener un campo en barbecho...

Cada cual trata de hacer dinero como puede, pues se entiende que el dinero es básico para la seguridad y la calidad de vida, aunque no se sepa gastarlo bien. No se disfruta del mismo, a no ser comprando pisos en la capital, más tierras, invirtiendo, especulando, previendo las «mal dadas», ahorrando para los hijos o los nietos aunque a veces, paradójicamente, los más mayores con la cartilla llena pasan necesidades.

En general, el nivel económico de los pueblos ha crecido de unos años a esta parte, vivimos mejor, pero hemos perdido «nuestra gracia», el espíritu solidario que siempre nos ha caracterizado ha ido desapareciendo progresivamente. Se han ido colocando porteros automáticos en las casas en las que antes entrabas sin llamar y, poco a poco, ha ido ganando terreno aquello de «cada uno en su casa y Dios en la de todos».

Intentamos vivir con el máximo nivel de seguridad. Lo aseguramos casi todo: salud, casa, cosechas... Desaparece el miedo a las heladas, pedriscos y otros fenómenos que antaño nos traían por el camino de la amargura; el trabajo que antiguamente precisaba gran cantidad de mano de obra, temporeros, jornaleros... va siendo sustituido progresivamente por maquinaria cada vez más cualificada y adaptada a cada producto, de tal forma que los pocos agricultores que ya nos quedan en los pueblos son capaces de llevar la labor casi con la atención que prestan a los campos el fin de semana; mientras, durante la semana, se trabaja en alguna empresa de la cabecera de comarca. Es lo que se llama economía mixta, es decir, ya ni los pocos agricultores que quedan se dedican a pleno rendimiento a la agricultura (aproximadamente el 10% de los agricultores). La ganadería y la agricultura han dejado de ser prioritarias.

Los últimos años nos hemos visto sorprendidos por una avalancha de personas de otros países con otra piel, otra cultura, otra religión. Nosotros que somos gente sencilla y buena en general, les hemos acogido con los brazos abiertos; son hijos de Dios y ¡fíjate! nos vienen a hacer la labor que no quiere hacer nadie. El problema está cuando vienen más de los que nos gustaría o cuando se quieren quedar, mira por donde, no entienden nuestro idioma pero saben sus derechos. Tienen otra cultura, nos quieren hacer una mezquita e incluso alguien ha empezado a comentar que nos van a terminar echando del pueblo... Incluso se van descubriendo no pocos casos de personas de nuestros pueblos a los que no



les han dolido prendas a la hora de sacar provecho de la necesidad de los inmigrantes irregulares, a la hora de pagar una labor realizada o de alojarlos en condiciones dudosas. Con frecuencia nos quejamos del mal trato que quienes manejan los hilos de la economía dan al medio rural, si bien no somos tan críticos con la forma de utilizar la pequeña parcela de poder que cada uno de nosotros tenemos con aquellos que son todavía más pobres y más débiles.

Cuando teníamos menos dinero, era frecuente entre quienes vivíamos en el pueblo, el arrimar el hombro a la tarea común, el echar una mano al vecino como si se tratase de alguien más de la familia, siempre nos ha costado un poco hacer planes ordenados en torno a una mesa, pero la solidaridad ante los problemas, entre nosotros, ha sido siempre una característica de los pueblos. Nuestra riqueza y nuestra fortaleza estaba en el apoyo mutuo. Hoy las cosas van cambiando en este sentido y nuestra relación también se va enfriando, ya no es lo que era, nos vamos haciendo más individualistas y cada uno va a su bola. Vamos perdiendo fuerza porque somos incapaces de juntarnos para discutir nuestros problemas, para asociarnos, para hacer fuerza, para sindicarnos... la administración lo sabe y sabe de nuestras dificultades para ponernos de acuerdo en intereses comunes, por ello se frota las manos. De vez en cuando pasan por el pueblo, nos prometen un pozo nuevo, un camino de parcelaria, un asfaltado, más farolas, tal vez un frontón... y a correr, parece que en el pueblo no hubiera personas porque nunca se pide nada para ellas y cuando se pide una subvención para un curso de animación de mujeres, autoestima, desarrollo personal... no se acaba de ver la utilidad —«¿para que se entretengan las mujeres cuando se acaba la novela?»—.

El aprecio por lo cultural, por el debate, por conocer más sobre los temas que nos afectan es escaso y cuesta ver que un medio rural vivo pasa necesariamente por un tejido social consciente y responsable. Con frecuencia es la queja en el bar, en la cola del pan o esperando a los ni-

EL MUNDO RURAL EN LA ALDEA GLOBAL

ños en el colegio... más que el sentido crítico, lo que domina nuestros debates. Nos cuesta articular bien nuestras propuestas en aquellos espacios donde se resuelven los problemas.

Nuestras mujeres son por contrapartida, uno de los mayores motivos de esperanza. Son las más inquietas y propositivas. Las asociaciones, los cursos de formación, las semanas culturales... casi siempre tienen un grupo de mujeres detrás respaldando la iniciativa.

Se han incorporado al mundo laboral, y no por ello han dejado de ocuparse de la casa, de los hijos, ni de las labores de campo. Han ido adquiriendo actitudes de organización y empiezan a plantear proyectos de desarrollo, de empleo, de crecimiento... que al final suelen quedarse en meros agarraderos de subsistencia o de incremento de ingresos para una economía familiar maltrecha, pero de esto tiene una buena parte de responsabilidad el pacato planteamiento de una administración poco imaginativa y menos motivada por impulsar un desarrollo rural coherente e integral que sea algo más que pequeños microproyectos dejados al riesgo de la iniciativa privada.

Mi pueblo, nuestros pueblos son así, ni tan gigantes como desearíamos que fuesen, ni tan enanos como muchos los han visto a través de las películas de Paco Martínez Soria. Atrás quedaron las idílicas imágenes de lo ru-

ral como mero espacio bucólico para dejar paso a un debate humano más real y más encarnado con la realidad de las personas en su día a día, en los desafíos y problemas de nuestro tiempo.

Lo más importante de nuestros pueblos no son las casas, las tierras los montes y ríos que componen su espacio. Lo más importante del medio rural somos las personas que vivimos en los pueblos. Quienes hemos decidido dedicar gran parte de nuestras vidas en el compromiso por un mundo rural vivo sabemos que nuestra principal lucha está en la animación de un nuevo sujeto rural vivo, consciente, crítico y responsable, pero también solidario. Sin él, cualquier diseño, cualquier proyecto de desarrollo surgirá como agua que cae del cielo y se desparrama.

Nos encontramos en tiempos de encrucijada de caminos, tiempos difíciles donde los cambios trepidantes auguran lo mejor y lo peor para nuestros pueblos. Sólo si sus habitantes sabemos afrontar esta realidad con debate, con diálogo, y participación social... podremos diseñar un nuevo futuro para el medio rural, que podría llegar a ser, por qué no, un punto de referencia de otra forma de estar en la vida. Sin embargo, como en toda encrucijada de caminos, si el camino a recorrer decidimos que lo recorra el otro, estaremos tirando la toalla de nuestro pasado, de nuestra cultura, de nuestra tradición... pero también quizá de nuestro futuro.

